



**André Aciman**  
**Lejos de Egipto**  
Traducción de Celia Filipetto

112

En *Lejos de Egipto*, André Aciman rememora su infancia en la espléndida y multicultural Alejandría y las peripecias de su excéntrica familia, judíos sefarditas con raíces turcas e italianas, desde su llegada a la ciudad a principios de siglo hasta su expulsión en la década de los sesenta, cuando el autor era adolescente. Un clan compuesto por figuras tan carismáticas como inclasificables: el tío Vili, exsoldado fanfarrón, fascista italiano y espía británico; las dos abuelas, «la santa» y «la princesa», capaces de chismorrear en seis idiomas, incluido el ladino; la madre, Gigi, una mujer sorda de armas tomar; o la tía Flora, refugiada alemana que no cesa de recordar que los judíos perderán cuanto poseen «al menos dos veces en la vida». Cómicas y exquisitas, con delicados ecos proustianos, estas hermosas memorias, construidas a la manera de las grandes sagas familiares, consiguen envolver al lector con una historia y unos protagonistas inolvidables. *Lejos de Egipto*, el libro más querido de su autor y seguramente el más emblemático, es una vívida y melancólica evocación de la infancia como paraíso perdido, y de los perfumes y melodías de un luminoso mundo que el lector tampoco querrá abandonar.

Quiero dar las gracias a Neal Kozodoy, por su ayuda, su devoción y su tiempo inestimable; a Sara Bershtel, a quien le debo este libro; a Susan, mi mujer, a quien le debo todo.

Para Alexander, Michael y Philip,  
Henri y Régine,  
Alain y Carole  
y Piera

## 1. Soldado, viajante, estafador, espía

«Así que, ¿somos o no somos, *siamo o non siamo?*», alardeó mi tío abuelo Vili cuando a última hora de aquella tarde de verano nos sentamos en el jardín que dominaba su inmensa finca de Surrey.

«Fíjate –señaló una amplia extensión de verde–. ¿No es espléndido? –preguntó, como si la mera idea de un paseo vespertino por la campiña inglesa fuese invención suya–. Siempre, un poco antes de la puesta de sol y minutos después del té, la misma sensación de plenitud, de éxtasis casi. ¿Sabes?, tengo todo cuanto quería. No está mal para un hombre de ochenta años». Sus facciones brillaban con satisfacción arrogancia.

Traté de hablarle de Alejandría, de un tiempo y un mundo perdidos, del final, cuando llegó, de monsieur Costa y de Montefeltro y de Aldo Kohn, de Lotte y de la tía Flora, de vidas ahora tan lejanas. Me interrumpió con un ademán despreciativo, como quien aparta de sí un mal olor. Casi irritado por mi nostalgia, dijo: «Tonterías. Yo vivo el presente. *Siamo o non siamo?*», inquirió de nuevo, levantándose para estirar los músculos y señalar después el primer búho del atardecer.

Nunca quedaba del todo claro lo que uno era o no era, pero para todos los miembros de la familia, incluidos quienes hoy no hablan una palabra de italiano, esta frase elíptica sigue reflejando el pavoneo, la temeridad y el engreimiento del soldado fanfarrón que en la primera guerra mundial salió de una trinchera italiana y, oculto entre las hileras de árboles con el fusil aferrado entre ambas manos, habría arrasado el Imperio austrohúngaro entero de no haberse quedado sin balas. La frase expresaba la inti-

midatoria seguridad en sí mismo de un sargento instructor rodeado de blandengues necesitados de zarandeo diario. «¿Somos o no somos lo bastante hombres? –parecía decir–. ¿Seguimos o no seguimos adelante? ¿Qué, valemos o no valemos?». Era su manera de dar a entender que todo iba bien, de sobreponerse a la derrota, de hacer de tripas corazón y considerarlo una victoria. Al fin y al cabo, fue así como se entrometió en los asuntos del destino y aguantó firme, atribuyéndose el mérito de todo, incluso de la brillantez imprevista de sus planes más desafortunados. Confundía el exceso de suerte con la previsión, del mismo modo que erraba al ver coraje en algo que era poco más que las agallas de un golfillo. Tenía valor. Lo sabía y alardeaba de eso.

Insensible a la humillante derrota de Italia en la batalla de Caporetto en 1917, el tío Vili nunca dejó de sentirse orgulloso de haber servido en el ejército italiano, y de eso también alardeaba con la briosa cadencia florentina aprendida en las escuelas jesuitas italianas de Constantinopla. Como la mayoría de los judíos nacidos en Turquía a finales de siglo, Vili menospreciaba cuanto estuviese relacionado con la cultura otomana y anhelaba cuanto proviniera de Occidente, hasta el punto de que finalmente se convirtió en «italiano» de la forma en que la mayoría de los judíos de Turquía lo hacían: reivindicando lazos ancestrales con Liorna, un puerto próximo a Pisa en el que se habían asentado los judíos expulsados de España en el siglo XVI. Salió a la luz un pariente italiano muy lejano, oriundo de Liorna y de apellido español, Pardo-Roques –Vili era medio Pardo-Roques–, con lo cual, todos los «primos» que vivían en Turquía pasaron de inmediato a ser italianos. Todos, por supuesto, eran nacionalistas acérrimos y monárquicos.

El tío Vili enseguida había retado a duelo a un griego alejandrino tras oírlo decir que el ejército italiano nunca había sido valeroso y que todas aquellas medallas y bara-

tijas italianas apenas cambiaban el hecho de que Vili seguía siendo un turco granuja y, para colmo, judío. Aquello enfureció al tío Vili, no porque alguien hubiese puesto en entredicho su carácter judaico –él habría sido el primero en hacerlo–, sino porque detestaba que le recordasen que muchos judíos se habían hecho italianos por medios dudosos. Las armas elegidas por sus padrinos para la ocasión resultaron tan obsoletas que ninguno de los dos due-listas supo cómo empuñarlas. No hubo heridos, se presentaron las correspondientes disculpas, uno de ellos incluso se permitió una risita y, para fomentar el espíritu de compañerismo, Vili recomendó un tranquilo restaurante con vistas al mar donde en aquel claro día alejandrino de junio todos dieron cuenta del almuerzo más opíparo en años. Cuando llegó la cuenta el griego y el italiano insistieron en pagar, y el tira y afloja se habría eternizado – pues cada uno de ellos afirmaba que era para él un honor y un gusto– si el tío Vili, como el ilusionista obligado a usar la magia cuando todo lo demás falla, no hubiera soltado su frasecita selecta, en este caso con el sentido de «¿soy o no soy un hombre de honor?». El griego, que era el más cortés de los dos, fue quien cedió.

El tío Vili sabía cómo transmitir la sensación intangible pero inequívoca de que tenía linaje, un origen tan antiguo y distinguido que trascendía distinciones tan nimias como el lugar de nacimiento, la nacionalidad o la religión. Y la alusión al linaje traía consigo la alusión a la riqueza, aunque siempre con la vaga insinuación de que la riqueza se encontraba inoportunamente invertida en otros lugares, en tierras, por ejemplo, tierras en el extranjero, algo que nadie en la familia poseía en desmesura salvo cuando venía en macetas de barro. Con el linaje consiguió crédito. Y eso era lo que más le importaba, porque así fue como él y todos los hombres de la familia amasaron y perdieron sus fortunas o se emparentaron con ellas: a crédito.

En Vili el linaje era algo natural, no porque lo tuviera ni porque lo imitara, ni siquiera porque aspirase a él con la pátina ociosa de los aristócratas ya caducos. En su caso, era simplemente la convicción de que había nacido mejor. Tenía el porte majestuoso de los ricos, la sonrisa renuente que se endulza de inmediato en compañía de sus pares. Era patricio en la frugalidad, la política y el libertinaje, intolerante con la mala postura más que con el mal gusto, con el mal gusto más que con la crueldad y con los malos modales en la mesa más que con los malos hábitos alimenticios. Detestaba por encima de todo lo que él llamaba los «atavismos» por los que los judíos se delataban, en especial cuando se hacían pasar por *goyim*. Ridiculizaba a todos los conocidos y parientes políticos de aspecto típicamente judío, no porque él no lo tuviera ni porque odiara a los judíos, sino porque sabía cuánto lo hacían los demás. «Por culpa de judíos como ellos odian a los judíos como nosotros». Cuando un judío observante, orgulloso de su herencia, lo desairaba, a Vili la respuesta se le deslizaba por la lengua como un hueso que llevara cuarenta años dándole vueltas en la boca: «¿Orgulloso de qué? Al fin y al cabo, ¿somos o no somos todos buhoneros?».

Y como buen buhonero, vender era lo que mejor se le daba. En Egipto llegó incluso a venderle el fascismo a los británicos, y después, por cuenta de los italianos, también a los europeos. Era tan devoto del Duce como del papa. Sus discursos anuales a las Juventudes Hitlerianas de Alemania arrancaron ovaciones y se convirtieron en una célebre fuente de conflictos en la familia. «No os entrometáis, sé lo que hago», decía. Años después, cuando los británicos comenzaron a amenazar con detener a todos los hombres italianos mayores de edad que vivían en Alejandría, el tío Vili se puso a hurgar de repente en sus armarios y a pregonar sobre antiguos certificados del rabinato de Constantinopla para recordarle a sus amigos del Consulado Británico que, como judío italiano, era imposible que

se lo considerase una amenaza para los intereses británicos. ¿No les gustaría acaso que espiese a los italianos? A los británicos no se les podía haber ocurrido nada mejor.

Tan brillante fue su actuación que, tras la guerra, lo recompensaron con una finca de estilo georgiano en Surrey, donde vivió en una miseria señorial el resto de sus días con el nombre ficticio de doctor H.M. Spingarn. Herbert Michael Spingarn era un inglés al que Vili había conocido de niño en Constantinopla y que había despertado en él dos pasiones inveteradas: el deseo levantino de emular todo lo británico y el desprecio otomano por todo lo británico. El tío Vili, que había renunciado a su nombre netamente judío por otro anglosajón, sintió una mal disimulada vergüenza cuando comenté que el tal Spingarn también había sido judío. «Sí, recuerdo algo por el estilo –dijo vagamente–. Estamos en todas partes, ¿o no? A la que rascas un poco, descubres que todos son judíos», soltó burlón el octogenario turco-italoanglófilo y aburguesado fascista judío que había iniciado su vida profesional vendiendo feces turcos en Viena y Berlín y la había concluido como subastador único de los bienes del depuesto rey Faruq. «El Sotheby's de Egipto, pero buhonero a fin de cuentas», añadió, reclinándose en la silla mientras los dos observábamos cómo una bandada de pájaros descendía sobre las aguas turbias y estancadas de lo que en otros tiempos había sido un magnífico estanque. «Aun así, qué gran pueblo estos judíos», solía decir en su inglés chapurreado, y adoptaba un tono de imparcial condescendencia tan intencionadamente superficial y consciente de su propia necesidad como para sugerir que, cuando se trataba de sus correligionarios, siempre quería decir lo contrario de lo que decía. Tras los elogios, vilipendiaba siempre a estos admirables aunque «bribones judíos», con el único propósito de cambiar una vez más de parecer. «Después de todo, Einstein, Schnabel, Freud, Disraeli –enumeraba con un

destello en los ojos y una sonrisa mal disimulada—, ¿fueron o no fueron?».

Vili se había marchado de Egipto —adonde la familia había llegado en 1905 procedente de Constantinopla— como aspirante a cadete con entrañas de fuego y ojos de azogue. Había estudiado en Alemania, servido en el ejército prusiano, cambiado de bando cuando los italianos entraron en guerra en 1915 y, después de Caporetto, se había pasado el resto de la contienda sentado en Chipre haciendo de intérprete, para regresar a Egipto cuatro años después de obtener la licencia del ejército convertido en un refinado calavera próximo a la treintena cuya insolente buena planta delataba un historial de tratos turbios y asedios despiadados en las batallas de los sexos. Impresionadas por sus conquistas, sus hermanas lo consideraron decididamente masculino; ahí estaba la pícara inclinación del sombrero fedora, el impaciente «venga ya» en su voz y aquellos andares condescendientes con que avanzaba, agarraba la botella de champán que intentabas descorchar y te decía, «Déjame a mí», nunca con deje autoritario, solo el suficiente para dar a entender que había más, mucho más. Había peleado en todo tipo de batallas, en todos los bandos, con todo tipo de armas. Era un tirador consumado, un atleta notable, un astuto hombre de negocios, un mujeriego implacable... y sí, era decididamente masculino.

«Somos o no somos», solía alardear después de una conquista, o de forrarse en la bolsa, o de recuperarse de repente de un ataque incurable de malaria, o cuando calaba a una mujer astuta o noqueaba a un rufián en la calle, o cuando sencillamente quería demostrarle al mundo que él no era fácil de engañar. Aquella frase quería decir: ¿Se lo he demostrado o no se lo he demostrado? Utilizaba esta frase tras negociar una difícil transacción: ¿Acaso no pro-

metí que vendrían a suplicarme por mi precio? O cuando conseguía enviar a la cárcel a un chantajista: ¿Acaso no le advertí que no me tomara por incauto? O cuando la tía Marta, su queridísima hermana, acudía a él llorando histérica tras haber sido plantada por otro de sus novios, en cuyo caso la frase quería decir: ¡Todo hombre digno de llamarse hombre podría haberlo visto venir! ¿Acaso no te lo advertí? Y luego, para recordarle que estaba hecha de algo más fuerte que las lágrimas, la sentaba en su regazo y, sosteniéndole ambas manos entre las suyas, la mecía muy suavemente y le juraba que superaría la pena antes de lo que imaginaba, porque el mal de amores tenía esas cosas, y además, ¿acaso era o no era?

Después, le compraba rosas y la apaciguaba durante unas cuantas horas, tal vez unos cuantos días. Pero no siempre resultaba fácil convencerla; en ocasiones, en cuanto la dejaba y se marchaba a su estudio no tardaba en oírla chillar histérica desde el otro extremo del apartamento: «Pero ¿quién se casará conmigo, quién?», insistía en preguntarle la tía Marta a sus hermanas mientras sollozaba y se sonaba la nariz con el primer trapo que encontraba a su alcance.

–¿Quién se casará conmigo a mi edad, decidme, quién, quién? –preguntaba a gritos yendo hacia el estudio de su hermano.

–Alguien habrá, ya lo verás –le decía él.

–No habrá nadie –insistía ella–. ¿No ves por qué? ¿No ves que soy fea? ¡Hasta yo lo sé!

–¡Que no eres fea!

–Di la verdad. ¡Fea!

–Puede que no seas la más hermosa...

–Pero en la calle nadie se volverá jamás a mirarme.

–Deberías estar pensando en un hogar, Marta, no en la calle.

–No lo entiendes, ¿verdad que no? ¡Te limitas a tergiversar mis palabras y hacerme parecer estúpida! –Empe-

zaba a levantar la voz.

–Verás, si quieres que diga que eres fea, de acuerdo, eres fea.

–Nadie lo entiende, nadie.

Y se alejaba otra vez como alma en pena que busca consuelo entre los vivos solo para ser ahuyentada.

Era sabido que las *crises de mariage* de la tía Marta, como las llamaban, duraban horas. Después le daban unas jaquecas tan violentas que se iba a dormir temprano por la tarde y no se atrevía a dejarse ver hasta la mañana siguiente, e incluso entonces la tormenta no necesariamente había pasado, porque en cuanto se levantaba de la cama pedía a quien se cruzara con ella que le mirara los ojos. «Los tengo hinchados, ¿verdad? –quería saber–. Míramelos bien. Fíjate en esto», insistía, casi sacando los ojos de sus órbitas. Y alguien le contestaba: «No, están bien». «Mientes. Pero si incluso noto lo hinchados que están. Ahora todo el mundo se enterará de que lloré por él. Irán a contárselo, sé que lo harán. Qué humillación, pero qué humillación». La voz le temblaba hasta que rompía en sollozos y volvía a ser un mar de lágrimas.

El resto del día, su madre, sus tres hermanas, cinco hermanos, sus cuñadas y cuñados se turnaban para asomarse a su habitación y llevarle hielo en un pequeño cuenco para que se pusiera en los ojos mientras permanecía tumbada en la oscuridad con una compresa de su propia invención. «Cuánto sufro. Si supierais cuánto sufro», gemía con las mismas palabras exactas que la oí susurrar al cabo de más de cincuenta años en la habitación de un hospital de París cuando se estaba muriendo de cáncer. Fuera, sentado con sus otros hermanos en el salón atestado, el tío Vili no fue capaz de contenerse más.

–¡Ya basta! Lo que realmente necesita Marta... ya sabemos todos lo que necesita.

–No seas vulgar –lo interrumpió su hermana Clara, incapaz de reprimir una risita, de pie delante del caballete,

mientras pintaba la enésima versión de la cara canosa de Tolstói.

–¿Lo ves? –respondió el tío Vili–. Tal vez no te guste la verdad, pero todo el mundo está de acuerdo conmigo –prosiguió con creciente exasperación en la voz–. Después de tantos años, la pobre muchacha todavía no sabe distinguir la proa de un hombre de su popa.

Isaac, el hermano mayor, soltó una carcajada.

–¿Os la imagináis de veras con alguien? –dijo.

–¡Basta ya! –exclamó su madre, una matriarca al borde de los setenta–. Debemos buscarle un buen hombre judío. Rico, pobre, no importa.

–Pero ¿quién, quién, quién? Dímelo –interrumpió la tía Marta al oír el final de su conversación de camino al cuarto de baño–. Es inútil. Inútil. ¿Por qué me obligasteis a venir a Egipto, por qué? –imploró, dirigiéndose a Esther, su hermana mayor–. Hace un calor bochornoso, siempre estoy sudando y los hombres son un espanto.

El tío Vili se levantó, la enlazó por la cadera y dijo:

–Cálmate, Marta, y no te preocupes. Encontraremos a alguien para ti. Te lo prometo. Déjalo en mis manos.

–Siempre dices lo mismo, siempre, pero no lo dices en serio. Además, ¿a quién conocemos aquí?

Aquel fue el momento que tanto había esperado el tío Vili. Y estuvo a la altura de la ocasión, con la estudiada despreocupación del hombre impulsado a utilizar exactamente las palabras que se moría por pronunciar. En aquel caso querían decir: ¿Acaso alguien duda de que estamos bien relacionados?

Aquella era una referencia indirecta al tío Isaac, quien mientras estudiaba en la Universidad de Turín había conseguido hacerse íntimo amigo de un compañero llamado Fuad, futuro rey de Egipto. Los dos hablaban turco, italiano, alemán y un poco de albanés, y ambos habían pergeñado un *pidgin*, repleto de obscenidades y dobles sentidos, que denominaron *turkitalbanisch* y que siguieron

hablando hasta la vejez. Y precisamente porque el tío Isaac había puesto todas sus esperanzas en su amistad imperecedera había conseguido convencer a sus padres y hermanos para que vendieran todo en Constantinopla y se trasladaran a Alejandría.

Al tío Vili le encantaba presumir de que su hermano –y de paso él mismo– «era dueño» del rey. «Tiene al rey en el bolsillo de la pechera», decía, señalándose su propio bolsillo, donde guardaba siempre una pitillera de plata con el sello regio. Al final, fue el rey quien le presentó a Isaac al hombre que desempeñaría un papel importante en la vida de su hermana.

La tía Marta, por entonces al borde de los cuarenta, acabó casándose con este hombre, un rico judío suabo a quien todos en la familia se referían como «el suabo» –en realidad se llamaba Aldo Kohn–, y que no hacía mucho más que jugar al golf durante el día y al *bridge* por las noches, y, entre medias, fumar cigarrillos turcos que llevaban meticulosamente grabados en filigrana su nombre y el emblema de su familia. Era un hombre corpulento ya prácticamente calvo al que Marta había rechazado diez años antes, pero que estaba decidido a luchar de nuevo por ella y, lo mejor del caso, sin pedir una dote a cambio, algo que convino a todos. En una de las reuniones familiares decidieron dejar un rato a solas a los aspirantes a casarse, y cuando Marta quiso darse cuenta de lo que el suabo se proponía, sin tiempo siquiera de escabullirse y zafarse, él la había sujetado de la muñeca y le había colocado un espléndido brazalete en cuyo reverso su joyero había grabado *M'appari*, en referencia a la famosa aria *Martha* de Von Flotow. Fue tal el desconcierto de la tía Marta que, sin darse cuenta, se echó a llorar, algo que conmovió al pobre suabo hasta tal punto que él también empezó a sollozar, y mientras sollozaba le suplicaba: «No me digas que no, no me digas que no». Se hicieron los preparativos y poco después todos notaron que un brillo inusualmente sereno

y descansado se apoderaba de los rasgos sonrosados de la tía Marta. «A este paso lo va a matar», se mofaban sus hermanos.

El suabo era un hombre muy atildado pero tranquilo, que en otros tiempos había estudiado los clásicos y cuyos modales tímidos lo convertían en el blanco de las burlas de la familia. Parecía tonto y consentido, sin duda inocentón, y probablemente algo de eso *otro* también había. Los hermanos no lo perdían de vista. Pero el suabo no era tonto. A pesar de que no había trabajado un solo día en su vida, pronto se descubrió que en el espacio de dos años había triplicado la fortuna de su familia en el mercado del azúcar. Cuando el tío Vili cayó en la cuenta de que ese barrilito de cerveza incompetente y llorón que tenía por cuñado era un «jugador», se apresuró a confeccionarle una lista de operaciones exentas de riesgo. Pero el suabo, que atribuía su magia financiera a la suerte más que a la habilidad, se mostró reacio a invertir en acciones porque no entendía nada del mercado. De lo único que entendía era de azúcar y, quizá, de caballos. «¿Entender? –respondió el tío Vili. ¿Por qué deberías entender la bolsa? Ya estoy yo aquí para hacerlo por ti». Al fin y al cabo, ¿estaban o no estaban todos emparentados ahora?

El suabo se pasó semanas aguantando las sugerencias de su cuñado hasta que un buen día estalló. Y lo hizo a lo grande: tomó en préstamo la preciada frasecita de Vili, la agitó unos momentos en el aire como un punzón para hacerle saber a Vili que él, el suabo, conocido por el resto del mundo como Aldo Kohn, y más específicamente como el bajá Kohn, tampoco era ningún incauto. El tío Vili sufrió una derrota aplastante. No solo estaba apenado –esa fue la palabra que usó– por la desconfianza de su cuñado, sino que había algo insoportablemente enojoso en eso de ser desollado con tu propio cuchillo. Era un gesto bajo y antideportivo; un ejemplo más de la duplicidad asquenzí. El tío Vili rara vez volvió a dirigirle la palabra.